

documentos

CHILE Y SU FUTURO. UN PAÍS POSIBLE

Comentario al libro de Alejandro Foxley*



Este libro sobre "el país posible" es algo así como una invitación a descubrir el Chile que subyace y se perfila casi invisiblemente entre nosotros. En cierto modo, es lo opuesto a una convocatoria tras un modelo global y uniformizante.

Sorprende al principio, pero es un libro que no está dirigido en contra de nadie. Llama al reencuentro casi con obsesión. Al reencuentro de los enemigos ideológicos de ayer; a la integración de los diferentes "países" —como los llama el autor— que coexisten en el Chile de hoy; al reconocimiento de los chilenos en la continuidad histórica de la nación.

Pero quizás lo más llamativo es que se trata de un libro que habla del futuro; que toma el riesgo de señalar un horizonte posible donde cada grupo social goce de un espacio, tenga una tarea, disponga de los mismos derechos. "El futuro común" —dice Foxley— es lo que finalmente "cimenta y cohesiona a una sociedad que quiere ser nación". Por eso, "si ha de seguir vivo, un país tiene que proyectarse obligatoriamente al futuro".

Es, por último, un libro optimista. Para el autor, "la crisis chilena, por su envergadura, es al mismo tiempo una gran oportunidad" que puede ser aprovechada constructivamente por una sociedad que está madura para ello. En el territorio de la desesperanza —como quedara bautizado por José Donoso—, se necesita coraje para hacer esa declaración, y no puedo ocultar que ella me interpela profundamente.

Alejandro Foxley (AF), el economista que ha venido transgrediendo los límites disciplinarios para incursionar en la historia, la ciencia política, la sociología, levantando al paso temas tan importantes como el de la concertación social, aparece hoy con este ensayo político en la más noble acepción del término.

El libro consta de dos partes: en una se refiere a la crisis y a las condiciones generales de su superación, y en la otra el autor puntualiza cuáles son, a su juicio, los "nudos gordianos" que impiden el reencuentro nacional, frente a los cuales propone formas de desbloqueo.

Señala Foxley que la dimensión más profunda de la crisis chilena es la *inseguridad* respecto al presente, y el *escepticismo* respecto al futuro; es la disolución de un destino común, la ausencia de una tarea compartida. La desintegración de la nación no es, en todo caso, un fenómeno reciente: ella se arrastra desde antes de 1973, y fue precisamente esa descomposición lo que llevó al derrumbe de la democracia en Chile.

Para salir de la crisis el gran obstáculo es el miedo: en el pueblo es el miedo a la represión o al despido; en los militares y empresarios, el miedo a la revancha; y para

* Intervención leída en la presentación del libro, en CIEPLAN, el 13 de agosto de 1987.

vastos sectores es un temor sordo a la conflictividad que trae consigo la política, y el miedo a que se derrumben nuevamente valores, normas, instituciones y estilos de vida a los que ha costado tanto esfuerzo adaptarse.

A juicio de Foxley, "rescatar al país de la decadencia y la desintegración para refundar una convivencia en paz" exige, antes que una transformación socio-económica, una profunda mutación político-cultural. En primer lugar, la formación de un nuevo tipo de intelectuales más comprometidos con la sociedad y menos consejero del príncipe de turno; más próximo a la incertidumbre del científico que a la certeza del ideólogo.

Superar la crisis supone en segundo lugar emprender una renovación de la política, lo que equivale a la modernización de los partidos, al abandono de sus prácticas manipulativas, a la ruptura de las sub-culturas ideológicas y a la revalorización de los principios de la moderación y cooperación; requisitos indispensables para el establecimiento de sólidos acuerdos o alianzas políticas en la democracia futura.

En tercer término, el libro postula que una estrategia de cambio para Chile ha de tener un carácter necesariamente gradual e incrementalista, lo que significa renunciar a la idea jacobina según la cual lo único que importa es la correlación de fuerzas políticas, pasando autoritariamente por alto las corrientes culturales y sociales que resisten o empujan en otras direcciones. Si no quiere despertar los demonios del pasado, un programa de cambio tiene que estar, pues, respaldado por un consenso social básico que defina sus alcances y su ritmo.

Dejar atrás la crisis supone, en cuarto lugar, reestablecer en el país una idea de futuro y vitalizar en la población los valores de la cooperación y solidaridad; lo que equivale a señalar que es necesaria una clase dirigente (compuesta de científicos, intelectuales, sindicalistas, empresarios, políticos, artistas) con un genuino sentido nacional.

Por último, Foxley plantea que es necesario enfrentar el desafío del desarrollo con el mismo vigor con que la Europa de post-guerra enfrentó la tarea de la re-construcción. Una convocatoria de estas dimensiones habrá de fundarse —como de hecho ocurrió en la Europa de entonces— en una nueva articulación entre los agentes económicos y el Estado, donde este último tendrá la tarea de diseñar un perfil productivo que oriente a la economía chilena a la exportación, que la proteja selectivamente y que ofrezca progreso y seguridad a los trabajadores.

Sin embargo, ¿por qué no ha sido posible, en el Chile actual, alcanzar las condiciones que han sido mencionadas? Esto nos lleva a la segunda parte del libro, que es

todo un programa para atacar los obstáculos que, a juicio del autor, entran y terminan por hacer altamente conflictivo el marco político chileno.

El primero de esos "nudos gordianos" es el de la violencia, la que tendría que ser enfrentada mediante la instauración de un sistema político pluralista sin exclusiones, con el desmantelamiento de los aparatos para-militares, y mediante el emplazamiento frontal a las fuerzas políticas que postulen la violencia y que amenacen con situarse fuera de las reglas democráticas.

Otro gran obstáculo es la brecha y animosidad que se ha creado entre civiles y militares, frente a lo cual Foxley propone reestablecer la subordinación del poder militar al poder civil, resguardar el profesionalismo militar, promover la modernización técnica de las FF.AA., favorecer su integración en todos los planos a la sociedad y que se individualicen las responsabilidades en relación a la violación de los derechos humanos, para que los involucrados sean llevados a la justicia.

La situación del movimiento sindical y de los empresarios es un tercer "nudo gordiano" de la política chilena. De una parte, el libro plantea la necesidad de una mayor autonomía del sindicalismo con respecto a los partidos y a los particularismos de la base, requisitos indispensables para que se constituya un ente coordinador unitario que convierta al movimiento sindical en un actor nacional poderoso. De otro lado, se señala la necesidad imperiosa de contar con empresarios innovadores, con una genuina voluntad productiva, comprometidos con la sociedad y legitimados por ella. Y está por último el problema de la conciliación entre empresarios, movimiento sindical y el Estado, lo que va a depender del sentido nacional con que actúen los dirigentes, de la disposición cooperativa de los partidos con influencia en esos grupos, y de la actuación del Estado como animador y garante de los acuerdos y como factor compensador de los desequilibrios.

Otro obstáculo que destaca Foxley es lo que llama "el conflicto agrícola", que se arrastra de una Reforma Agraria que, a raíz de los cambios políticos y de sus propios errores originales, se mantiene como un proceso abierto, sin lograr la estabilización de un *nuevo orden agrario* que compatibilice la justicia con el desarrollo.

Un cuarto elemento que entraña al país es el centralismo. Frente a este fenómeno, Foxley no se limita a proponer reformas administrativas; va más allá, y postula "plan-tearse constructivamente frente a la heterogeneidad" geográfica y cultural del país. En consecuencia, se trataría de aprovechar la plasticidad que ofrecerá el período de recuperación democrática para romper de raíz con el

centralismo que ahoga a la sociedad chilena e impide que se exprese en toda su diversidad.

Por último, el libro identifica la marginalidad social como un problema mayor, en cuanto ilustra dramáticamente las tendencias a la desintegración social presentes hoy en Chile. "Revertir esta situación —señala el autor— es una tarea nacional por excelencia", porque "apela a valores éticos fundamentales sin los cuales ninguna sociedad puede pretender vivir con un mínimo de cohesión". Y atacar la marginalidad implica, cuando menos, entrar la acción pública en la creación de empleos, enfrentar el problema de las necesidades básicas insatisfechas y proveer —especialmente a los jóvenes— de mecanismos de integración social.

Lo que el libro propone son pues los grandes lineamientos de un programa orientado a inspirar un compromiso colectivo "con la construcción de un país, no de los varios países alternativos" que hoy existen o que en el pasado tratamos de imponer. Es probable que muchas dimensiones no estén suficientemente tocadas, pero aquí está lo fundamental de este diseño. Personalmente, la principal incógnita que me queda es cómo la democracia chilena del futuro podrá escapar de la hipoteca militar; qué hacer para no llegar un día —como en la Argentina, después de la sublevación militar de Semana Santa— a la confusión moral de una "ley de obediencia debida"; qué hacer para que la democracia no tenga que degradarse hasta la humillación de estipular —como precio a pagar por su propia supervivencia— que las violaciones más atroces a los derechos humanos no son un delito.

Pero no creo que mi papel de comentarista me otorgue la autoridad para quitarles el tiempo y señalarles en qué estoy de acuerdo y en qué no. Aunque a lo mejor el trámite es breve, pues en realidad no estoy en desacuerdo frontal con nada. No obstante, deseo aprovechar la oportunidad para señalar aquellos aspectos en que estoy más de acuerdo todavía, o que me parecen de una importancia primordial.

Me parece muy significativo, en primer lugar, la defensa que hace Foxley de una política apegada a principios éticos o morales. Transformada en una acción puramente instrumental, de pura representación y en función únicamente del poder, la política es incapaz de recrear una comunidad nacional, tarea especialmente urgente en una sociedad como la chilena, donde acecha por tantos años el fantasma de la desintegración. Es el neo-liberalismo el que ha tratado de presentar el campo político como un

mercado y al político como un empresario. Si esta noción cunde, si desde la política no surge una inspiración unificante, el dominio militar —y del otro lado, el religioso— serán ineludibles.

Concuerdo totalmente también con la tesis de que, a la salida del autoritarismo, no es posible el reestablecimiento inmediato de la competencia política sin limitaciones. Como lo dice Foxley, si en la economía no hay ninguna "mano invisible" que garantice los equilibrios, menos aún se la encontrará en el dominio político. En un período de convalecencia y reconstrucción como el que enfrentará entonces el país, los riesgos de otra intervención militar, de un desborde de demandas, de polarización y radicalización, serán enormes. Es fundamental, por lo tanto, la existencia de un consenso básico que asegure que los partidos principales practiquen una política de cooperación por las vías de pactos o alianzas. La transición, en este sentido, no es un acto sino un proceso; y éste habrá de tomar el tiempo requerido para que sean establecidos los "fundamentos pre-contractuales" en que descansará el libre juego democrático futuro.

De lo anterior se deriva que la apelación a la democracia no puede estar desprovista de aspectos sustantivos o fundamentales. Esto significa que una propuesta de transición en Chile no puede caer en la ilusión de que es posible eliminar de su agenda toda referencia a un cambio social. La transición debe tener un programa como el que aquí se propone: el combate a la escisión entre un país moderno y cosmopolita, y otro —el de la gran mayoría— rezagado y marginalizado.

Dicho de otro modo, imaginar el tránsito a la democracia como un asunto exclusivamente político, como una pura discusión de procedimientos, es no tomar en serio la crisis que llevó al derrumbe de la democracia chilena ni los desafíos que hay por delante. Si la apelación democrática opta por desentenderse de los problemas reales que la gente desea solucionar, ¿quién podría extrañarse entonces de la apatía de la población frente a la política?

En esa misma línea quisiera subrayar la importancia que tiene la afirmación de AF en cuanto a que la crisis de la democracia chilena obedeció al desgaste del consenso básico de sus élites; lo que lleva a la conclusión de que la democracia sólo volverá a ver el día cuando logre recrearse un consenso de ese tipo. Como ha sido dicho, tal acuerdo no puede omitir un plan de reforma social. Y políticamente, él tiene que ser el resultado de un *compromiso político* que incluya cuando menos al centro y a la izquierda, vale decir, a partidos que en 1973 se ubicaron en bandos contrapuestos, porque sólo de esa manera se habrá derro-

tado la inercia que retrotrae a la sociedad chilena una y otra vez a las divisiones del pasado.

Pero la re-unificación de Chile tras un mismo futuro es algo que ciertamente trasciende a un acuerdo entre partidos. Cabe preguntarse, entonces, ¿qué fuerzas sociales pueden estar detrás de un proyecto como el que propone el libro que comentamos?

Como fue dicho, el libro de AF no identifica adversarios pero, no obstante, formula un llamado especial a los creadores. Los creadores son quienes toman el riesgo de hacer el futuro, y ellos están en todos los ámbitos de la sociedad: hay empresarios creadores, hay artistas creadores, hay obreros creadores, hay intelectuales creadores, y hay también —¡cuán bien lo sabemos!— una infinita creatividad en los marginales que se inventan diariamente los medios para subsistir.

La cuestión es saber si hoy día Chile cuenta con una "masa crítica" de creadores que tenga la densidad suficiente como para hacer que este discurso cristalice en un programa de acción socialmente significativo. Esto determinará, finalmente, el destino de este libro. Si la sociedad contiene esa fuerza creadora, entonces ésta puede ser una palabra política que hacía falta; si no es así, entonces seguramente éste será un libro que en el futuro próximo se leerá como una profecía.

Pero hay motivos para ser optimista.

Lo último que quiero manifestar es precisamente mi satisfacción por el optimismo que irradia el libro de AF. Como bien se señala, la situación límite por la que ha atravesado el país ha permitido llegar a fondo en sus problemas históricos, configurando hoy una encrucijada excepcional: "O Chile se abre paso hacia el mundo de los países recientemente industrializados, o entra en un largo ciclo histórico de decadencia, desintegración nacional e ingobernabilidad". Llegados a este punto, creo que lo único realista es el optimismo.

En la historia, los renacimientos han estado siempre precedidos por oscuros períodos de decadencia. La sociedad chilena no ha permanecido pasiva bajo el dominio autoritario, y en muchos aspectos, agudizando su ingenio, su creatividad y su eficiencia, ha salido exitosamente del paso; del mismo modo como, a lo largo de su historia, ha logrado vencer los enormes rigores de su geografía.

Entre las tantas cosas que hemos aprendido en este duro período, está el que la historia no marcha —a la larga— en la dirección que uno cree en medio de los acontecimientos, ni su curso depende únicamente de las políticas del Estado. Así, por ejemplo, ¿quién iba a imaginar que la Reforma Agraria terminaría, veinte años después,

por crear "farmers" en algunas regiones del país?; ¿o que la intervención militar de las universidades provocaría el florecimiento de las ciencias sociales en centros de investigación privados como éste?; ¿o que el exilio permitiría a casi una generación entera de chilenos reciclarse profesionalmente y enriquecerse desde el punto de vista personal?

Por lo demás, en las sociedades hay corrientes subterráneas que siguen influyendo, no importa lo que pase en la superficie. Así, por ejemplo, los grandes procesos de modernización de los años 40 al 60, como la urbanización, el reforzamiento de la infraestructura básica, la transformación del perfil demográfico, la expansión de la cobertura educativa, la creación del proletariado industrial y de una clase moderna media, la extensión de los medios de comunicación de masas, entre otros, han seguido madurando y sus efectos son hoy más claros que ayer.

Algunos aspectos claves de esa modernización clásica han sido revertidos desde 1973: ramas enteras de la industria fueron desmanteladas; el Estado abdicó de su papel de locomotora del progreso; se abandonó la meta de una homogeneización de la población en la ciudadanía, etc.

Al mismo tiempo, sin embargo, un nuevo modelo de modernización ha venido haciendo su camino: allí están la diversificación de la economía y la apertura externa; el retraimiento del Estado y la iniciativa privada; la liberalización de los efectos diferenciadores del mercado; la mayor pluralidad en los estilos de vida y participación, etc. El acceso a esta nueva modernidad ha estado limitado a un grupo social restringido, cuya intensa vinculación con el mundo exterior parece haberse obtenido a costa de la marginalización de una masa enorme de la población; pero nada de esto puede llevar a aminorar la importancia del proceso que se ha venido desarrollando ante nuestros ojos.

Esta gran transformación, por lo demás, no coincide, hasta cierto punto, con la tendencia que se observa universalmente en el mundo contemporáneo, y que en cada caso toma formas más o menos democráticas, más o menos solidarias?

El presidente Mitterand, seguramente el político más talentoso de nuestra época, advertía enigmáticamente hace pocas semanas, que una nación perdería toda continuidad si los gobiernos se proponen sistemáticamente hacer retroceder las reformas de sus antecesores. Esta observación se dirigía, en primer lugar, a la actual mayoría derechista, que contra la opinión del Presidente ha reprivatizado las empresas nacionalizadas por el gobierno socialista; pero con esa declaración, Mitterand anunciaba

al mismo tiempo que el próximo gobierno (que todo indica será nuevamente socialista) no volverá a nacionalizar nuevamente.

Yo no creo, en otros términos, que en el futuro la meta sea simplemente revertir las tendencias actuales para volver nostálgicamente al viejo curso de la modernización. Ello equivaldría a programar por adelantado una nueva crisis histórica, esto es, una situación donde la estructura y el curso global de la sociedad es puesto enteramente en duda, generando una inestabilidad y conflictividad extremas.

Fruto del esfuerzo extraordinario de todos, nuestra sociedad ha sido capaz, en los últimos años, de ir dejando atrás esa situación que tanto acomodó a la perpetuación de una dictadura. Lo que la democracia futura tendrá adelante es este nuevo escenario, el de la *post-crisis*. Su objetivo no puede ser volver atrás, sino llevar a *todo* el país hacia adelante. Esto implica, concretamente, lo que se ha venido diciendo aquí: impedir que se condense la dualización de la sociedad chilena, donde coexisten sin tocarse, y con temor recíproco, el mundo del mercado y el universo de los pobres que dependen del subsidio estatal.

No se puede pretender, por cierto, que la sociedad se uniformice ni que marche toda a una misma velocidad. Ella puede marchar a dos, tres o a varias velocidades, siempre y cuando el Estado actúe enérgica y efectivamente como ente integrador de la nación y como un animador de la solidaridad colectiva, proveyendo canales de participación y de movilidad social abiertos a todos.

En el pasado, la democracia en Chile se afianzó de la mano de la modernización y el desarrollo. Hacia el futuro, ella no puede abandonar esos objetivos sustantivos ni desentenderse del carácter que ellos adoptan en el mundo actual. El programa de la democracia futura —aunque suene utópico o irrealizable— ha de ser, por lo tanto, *modernización para todos*. Es el tipo de meta que puede inspirar un renacimiento y es lo que espera la sociedad chilena. Y como Foxley, yo creo que se puede ser optimista respecto a su capacidad para avanzar en tal sentido, especialmente desde el momento en que logre sacarse de encima el dominio autoritario.

Yo sé que es difícil el optimismo en este tiempo fangoso de la desesperanza, cuando parecen haberse esfumado las fronteras entre la justicia y el rencor, entre el espanto y la ingenuidad, entre la indignación y el exhibicionismo, entre la voluntad y la arrogancia, entre la prudencia y la

cobardía, entre el heroísmo y el ridículo, entre la eficiencia y la dictadura, entre el deporte y la tortura.

Pero el gran mérito de este libro de AF es que nos invita a dejar ese tiempo atrás, a recuperar el coraje para imaginar un país que es posible desde el momento en que nos resulte indispensable.

EUGENIO TIRONI

“UN CUARTO PROPIO”*



Antes que nada quiero agradecer varias cosas:

A la Editorial Andrés Bello, esta posibilidad que ofrece a los escritores y a los que, como yo, a veces escriben, de ser leídos fuera del círculo de amigos. La de confrontarse con esa realidad que está más allá de lo íntimo y lo privado, a la que es bueno salir porque existe, porque está allí y nos reta a enfrentarla.

También quiero agradecer a las personas de la Editorial con quienes tuve mayor contacto, Mercedes Gaju y María Teresa Herreros, por su inagotable gentileza. Al Jurado en general, y especialmente a José Luis Rosasco, por su apoyo. A los amigos que me suavizaron en parte el pánico de

* Intervención leída en la presentación del libro *Album de Fotografías* (Premio Novela Andrés Bello 1986) en la Editorial Andrés Bello, el 13 de agosto de 1987.

ser leída. Y a mi familia, que no es demasiado crítica con mi escritura y, por lo mismo, constituye un descanso.

Además de estas gratitudes, de por sí bastante evidente, tengo una particular, personal. Es una deuda de gratitud que quiero reconocer ahora, con Virginia Woolf. Virginia Woolf tiene un libro que me ha sido especialmente importante. Se llama *Un cuarto propio*, y en él recoge un par de conferencias que dio sobre el tema "La literatura de las mujeres". Allí plantea que la posibilidad de que una mujer escriba una novela depende, en una medida muy importante, de que pueda tener un cuarto para ella sola, con pestillo. Me encanta esa tesis. Porque a veces el mundo —sobre todo el mundo doméstico— se nos transforma a las mujeres en un tan reiterado ser solicitadas y requeridas por las necesidades cotidianas, que al final del día —o, peor aún, de la vida— quedamos como un campo invadido, despojado, devastado y exhausto.

Y entonces, Virginia Woolf: un cuarto propio, en forma real, no metafórica. En Valparaíso tuve el primero, en una de esas casas antiguas de techos muy altos: un altílo con libros y una mesa para escribir, bajo el cual estaba mi laboratorio de fotografía. Y de la combinación de ambos surgió el germen de este libro, *Album de fotografías*. Más tarde, ya en Santiago, en otro cuarto propio armado al fondo del patio, y durante un año de cesantía, terminé el libro.

Sin esos dos espacios físicos privados, que me protegían

de irrupciones e interrupciones, no sé si lo habría hecho. Porque hay una decisión fundacional en esto de establecer un cuarto propio. El gesto, ahora más allá de lo concreto inmediato, se hace signo de la decisión de rescatar para una misma el derecho a un espacio y a un tiempo propios, en los que se pueda construir una forma de habitar el mundo que sea elegida, no impuesta, y buena, no destructiva.

Pensé esto, estaba escribiéndolo, y de repente, la tristeza. Porque *yo* puedo tener un *cuarto propio*, ya que también puedo arrendar una casa con espacio sobrante, disponible para mis necesidades. Pero no sé cuántas mujeres tienen esa oportunidad, y realmente creo que son muy pocas. Y tristeza también porque puedo fundar un mundo habitable solamente en ese cuarto al fondo del patio, y únicamente para mí, mi familia y algunos amigos, pero no tengo poder para fundar ni construir nada fuera de él, en mi cada día más ajeno país. Mi poder limita entonces con la pared del fondo de mi casa.

Me digo esto, escribo esto, y al hacerlo descubro que tampoco es totalmente cierto. Porque he trabajado, y con mi trabajo he construido algo que antes no existía, que se ha agregado al mundo. Mi libro es trabajo, es producto del trabajo, y como tal cruza los muros del patio trasero de mi casa y suma su mínimo peso al peso de todos los trabajos de los hombres que habitan el mundo y, habiéndolo, lo construyen.

PAULINA MATTÀ

AGRADECIMIENTOS POR LOS APORTES GRAFICOS

Agradecemos a las personas e instituciones que nos han permitido confeccionar citas iconográficas de sus obras y de sus publicaciones, permitiéndonos enriquecer este número de Propositiones 14.

A Lucio Kowarick, autor de *A espoliação urbana* y a Editora Paz e Terra, su editorial. Río de Janeiro, 1979.

A Elizabeth Jelin y Pablo Vila, autores de *Podría ser yo*, libro ilustrado con fotografías de Alicia D'Amico. Ediciones de la flor. Buenos Aires, 1987.

A Víctor Tokman, editor del libro *Imágenes del Trabajo*. PREALC. Organización Internacional del Trabajo, OIT, 1987. Chile.

Al fotógrafo boliviano Alfonso Gumucio, cuyas imágenes aparecen en el libro recién mencionado. A Valentina López, por su bordado de los marginados y a Carlos González, por sus sensibles fotografías de pobladores.

Agradecemos también a las siguientes revistas chilenas y extranjeras: *Le nouvel observateur*, *Comunidad*, *Solidaridad*, *Mensaje*, *Análisis*, *Hoy*, *Apsi*, *Pastoral popular* y *Compartiendo la mesa*.

En las primeras páginas de este ejemplar, hemos querido conjurar una obra de Roberto Matta, inmenso pintor chileno y descubridor permanente de nuestra América.

stantes de Santiago son dominados por un temor ir-
 limitan a
 tras llega
 calidad, y
 rada. Ent
 imato, mie
 igadas con



Pero, ¿por qué los pobladores irrumpen con tant
 representaciones colectivas de los chilenos? Es

COLOFON
 seguramente con una característica de la estruc
 Esta publicación
 terminó de imprimirse
 ómica actual, que a fines de noviembre de 1987, en los
 talleres de la
 Comandante Sepúlveda 1381,
 Santiago, Chile
 de favorecer una acción colectiva "orgánica", o "

Pero la situación de los pobladores no es
 trario, ella no es más que la expresión para
 caso de desestructuración experimentado por e
 ses en el último decenio (Martínez y Tironi, 198

COLECCION ESTUDIOS HISTORICOS

Labradores, peones y proletarios (Siglo XIX).

Gabriel Salazar.

Historia del pueblo mapuche (2a. edición).

José Bengoa.

La huelga obrera en Chile.

Crisóstomo Pizarro.

Para una historia de los pobres de la ciudad. (En preparación).

Vicente Espinoza.

BIBLIOTECA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Dirigida por: Manuel A. Garretón & Javier Martínez.

Tomo I *Universidades chilenas: historia, reforma e intervención*

Tomo II *La reforma en la Universidad Católica de Chile*

Tomo III *La reforma en la Universidad de Chile*

Tomo IV *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*

Tomo V *Antecedentes estructurales de las universidades chilenas*

BIBLIOTECA DE PEQUEÑOS PROYECTOS DE DESARROLLO

Manual del Taller Autogestionado

Arno Klenner & Luis Razeto.

SUMARIO

SEMINARIO SUR/CADIS

MOVIMIENTOS SOCIALES URBANO-POPULARES Y PROCESOS DE DEMOCRATIZACION

Santiago 14, 15 y 16 de abril de 1987

EUGENIO TIRONI, *(Editor) Marginalidad, movimientos sociales y democracia. (Introducción).*

ALFREDO RODRIGUEZ, *Veinte años de las poblaciones de Santiago. Resumen de investigación.* • LUIS RAZETO, *La "economía de solidaridad" en un proyecto de transformación social.* • EUGENIO TIRONI, *Pobladores e integración social.* • GUILLERMO CAMPERO, *Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar.* • FRANCOIS DUBET, *Las conductas marginales de los jóvenes pobladores.* • MANUEL A. GARRETON, *Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile.* • RENE MAYORGA, *La descomposición del movimiento sindical y la transformación del sistema democrático en Bolivia.* • ELIZABETH JELIN, *El itinerario de la democratización. Los movimientos sociales y la participación popular.* • FERNANDO CALDERON/ELIZABETH JELIN, *Clases sociales y movimientos sociales en América Latina. Perspectivas y realidades.* • LUCIO KOWARICK, *Movimientos populares urbanos y el proceso de democratización en Brasil: balance crítico de la literatura.* • ALAIN TOURAINE, *La centralidad de los marginales. (Conclusión).*

COMENTARISTAS:

VICTOR TOKMAN, CLARISA HARDY, ALEJANDRO FOXLEY, GONZALO FALABELLA.

DEBATES - RESEÑA DE LIBROS - DOCUMENTOS